

**“No me ruegues que te deje y me aparte de ti,  
porque a dondequiera que tú vayas, iré yo,  
y dondequiera que vivas, viviré”**

Hohenau

Rut 1:16a

1. “No me ruegues que te deje [libre] y me aparte de ti”

El pasaje bíblico de Rut 1:16, el que ustedes eligieron para esta noche de bodas, comienza con un “no” lleno de amor. Es el “no” apasionado de él y de ella, que se miran a los ojos, y se dan cuenta que no pueden olvidarse del ser amado, el “no” dejarse de mirar y de amarse el uno al otro. Es por eso que este “no” entonces termina por convertirse en un “sí”, te quiero, “sí” te acepto como mi legítima esposa, y mi legítimo esposo. Es el “sí” cargado de flores, el “sí” de querer pasar la vida juntos tomados de la mano, el “sí” de un beso que se hace canción, el “sí” te amo que dura para toda la vida. “No me ruegues que te deje y me aparte de ti”, porque “Sí deseo yo pasar la vida a tu lado. No es a otro o a otra que deseo decir ‘sí’, sino solamente a ti”.

Eso es lo primero que nos presenta este hermoso texto, cuando lo aplicamos a la vida en matrimonio. Y por eso están ustedes hoy aquí, para decirse mutuamente “Sí”, en presencia de Dios, de estos testigos, de familiares y amigos, de hermanos en la fe, que les desean bendiciones y la presencia de Dios en sus vidas, Aquel que también nos dijo desde el cielo “Sí”, cuando envió a su Hijo Jesús para salvarnos del pecado. Cristo es el “Sí” de Dios que les acompaña a los bautizados, por la fe. Cristo es el “Sí” de Dios que mediante su paz, gracia y perdón les impulsa hacia adelante. “*Porque todas las promesas de Dios son en Él Sí, y en él Amén*” (2 Co. 1:20).

2. “Porque a dondequiera que tú vayas, iré yo”

El texto bíblico sigue diciendo “porque a dondequiera que tú vayas, iré yo”. Es una promesa. Es un compromiso del uno al otro, a acompañarse, a caminar juntos, a recorrer un mismo camino. Es el compromiso de fidelidad de no separarse en la mitad del camino de la vida. Es la alegría de salir y llegar juntos. Es la expectativa de dejar a padre y madre, para formar así un nuevo hogar, una nueva familia. Así lo estableció el Creador desde el principio: “*Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne*” (Génesis 2:24). Dejar padre y madre no es fácil, en especial al ir a vivir en un país extranjero. Tampoco es fácil para los padres. Pero eso no quiere decir nunca más volvernos a ver con parientes y amigos. Es más bien un “hasta pronto, nos volveremos a ver; tenemos alas y deseamos volar juntos, pero también vamos a volver”.

“Donde tú vayas, iré yo”. Eso implica tomar la decisión juntos. Ponerse de acuerdo los dos del rumbo que va a tomar su matrimonio. Sólo recuerden la guía de Dios a cada paso. Por eso es muy importante que, como una brújula que señala el camino, no olviden la Palabra de Dios. Dios tiene preparados muchos consejos y provisiones para el camino. Deben ser sabios y por eso aprovechar lo que el Señor les vaya indicando a través de su Palabra, y de los buenos consejos de los hermanos en la fe, la Iglesia cristiana. Porque es la Iglesia aquí en la tierra, la que como portavoz y mensajera del Señor, es la que confiesa la Palabra del Señor, y nosotros también confesamos juntos con todos los santos: que es sólo Cristo, nuestro Salvador que murió en la cruz por sus pecados, “*el Camino, la Verdad, y la Vida*” (Jn. 14:6).

3. “Y dondequiera que vivas, viviré”

Finalmente, la tercera parte de nuestro texto dice: “*Y dondequiera que vivas, viviré*”. El amor conyugal tiene esto de la entrega total del uno al otro, de confiar en el otro, de vivir donde está el otro, no en camas separadas, sino en el mismo lecho matrimonial. Porque se trata de una comunión plena, que implica ir conociéndose, aceptar al otro tal como es, y a pesar de ser

diferentes, poder comunicarse con respeto y cariño, para que así los dos puedan decir hoy, y mañana también, “donde tú vivas, yo también tengo ganas de vivir”.

Por eso, la comunicación en el matrimonio es muy importante, para vivir en comunión, para vivir el amor de una manera plena, estando reconciliados, estando en paz con el cónyuge. Eso no quiere decir que no surjan de vez en cuando ciertas diferencias y asperezas, pero son más fáciles de solucionar en el hogar si estamos comunicados. De esta manera, el ideal de que “dondequiera que vivas, viviré”, se hará realidad, no apenas por un tiempo, sino toda la vida.

Edificar un hogar cristiano con la guía de Dios de su Palabra, con la ayuda de su Iglesia, es la tarea y misión que el Señor les encomienda. Y para eso precisan de su gracia. Es la gracia de Dios en Cristo, lo que puede hacer, y ciertamente hará, que ustedes puedan edificar su nuevo hogar como un lugar de paz y hospitalidad, un lugar de encuentro y de comunión, donde no predomine el odio ni las quejas, sino la reconciliación y el amor de Dios. Amén.